

CARLES PORTA

CROSS
BOOKS

EL DÍA
EN QUE
ME FUI

EL DÍA EN QUE ME FUI

Carles Porta

Traducción de Maria Riera



Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *El dia que vaig marxar*
© Carles Porta, 2016
© de la traducción, Maria Riera Velasco, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-08-16766-2
Depósito legal: B. 1.050-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

¡Vaya pollo que se montó! Total, porque me fui. La decisión no fue muy meditada, pero ¿qué más da? Al final, el problema era mío, ¿no? Además, ahora ya está hecho.

No sé cuándo empezó todo este lío, pero sí que sé cuándo terminó. Primero, dos luces paralelas cortando la oscuridad, después, un paso hacia el vehículo que me tenía que transportar y... ¡adiós! Bueno, adiós adiós, todavía no. Antes hubo un caos total, con lucecitas y ruidos y algún imbécil haciendo comentarios estúpidos. ¡Ja! Querían que me quedara. ¡Y una mierda!

Salí de casa a las cuatro de la tarde. Bueno, digo de casa aunque en realidad no era mi casa. Mi casa está

en otra ciudad, pero mis padres, hartos de mí, me mandaron a estudiar a casa de mi hermanastro, en esta mierda de ciudad donde hace un frío de cojones. ¡Ah! Y el frío, pase, pero lo que no podía soportar era la niebla. Qué asco de niebla. Se te clava en los huesos. Va penetrando poco a poco, se te mete dentro y te congelas hasta en la cama. Ufff, lo de la niebla sí que me tenía amargado. Un día, una profe del instituto nos encargó un poema, y yo escribí uno sobre la niebla. Empezaba así: «La niebla es un velo y es una venda». A mi profesora aquel verso le encantó. Era una de las pocas personas con quien habría salido a tomarme una copa. De hecho, hasta me la habría tirado. No es que estuviera muy buena, pero tenía unos buenos pechos, un buen culo y unos buenos labios. Con eso ya basta, ¿no creéis? Pero aquella tía era muy fiel, y eso es lo que decía cada vez que le boicoteábamos la rutina de clase y nos perdíamos en debates y discusiones sobre cualquier cosa. Bueno, cualquier cosa no; casi siempre discutíamos sobre sexo. A la profesora la sacábamos de quicio, la pobre, pero es que no había forma de hacernos cambiar de tema. Todo era follar y follar. A las

tías también les gustaba hablar de sexo. Eso me sorprendía porque me las había imaginado más tímidas, más paraditas. A lo mejor eso pasaba solo en mi clase, pero el hecho es que ellas también estaban encantadas de hablar de sexo. Eso sí, eran más listas. No sé quién decía siempre que las niñas son más maduras que los niños. Para hablar, sí, pero para llevar las cosas a la práctica, ¡ni de coña! No creo que ninguna de las tías de mi clase haya follado nunca. Bueno, tal vez sí, a lo mejor estoy exagerando. Con diecisiete años, seguramente más de una tía ya lo había hecho. Sobre todo la Mari, esa era una zorra. Pero ya os iré hablando de la Mari. Ahora estábamos con que a la profe le había gustado el verso de la niebla. Yo decía que era un velo, porque, cuando estás deprimido, y esto a mí me pasa a menudo, es como un velo que te permite esconderte. Cuando hay niebla puedes ocultarte, y la gente no te ve. ¡Eso es cojonudo!

Además, como hace tanto frío, la gente va muy abrigada y camina muy rápido y no están ni para hablar contigo ni hostias en vinagre. Si estás depre, es fantástico porque todo el mundo te deja en paz. Pero

si estás contento, la niebla es una putada. No te deja ver nada: ¡nada de nada! En serio, si no habéis vivido nunca en una ciudad con niebla, mejor que os calléis porque no sabéis de qué coño estáis hablando. Vivir en una ciudad con niebla es una tortura permanente, digan lo que digan los típicos poetas idiotas que no saben sobre qué escribir y les da por hablar de la niebla. Yo solo escribí un poema, y fue porque nos lo encargó la profesora de catalán, porque, si no, ¿de qué? Y por eso puse que la niebla era una venda, porque es como una venda que se te pone en los ojos y no te deja ver nada. ¡Ah!, y, encima, la panda de payasos de mi clase van y se mean de risa cuando la tonta de la profe me lo hace leer en voz alta. Y mira que se lo dije:

—Eh, tía —yo la llamaba «tía»; sabía que la fastidiaba, pero me salía así, no lo hacía por fastidiar, me salía así y punto—, que yo no quiero leerlo en voz alta, ¿vale?

—¡Lolo! —Todo el mundo me llamaba Lolo, un nombre patético, pero como todo el mundo me llamaba así, pues yo era el Lolo, que tiene cojones, porque en realidad en Lérida era lo Lolo, ¡para cagarse!—. Sal

aquí delante y lee el poema, por favor. Es muy bonito y quiero que todo el mundo pueda apreciar tu sensibilidad.

La tía lo hizo con buena intención, ya lo sé, pero a mí me hundió. Si hubiera sido cualquier otro profesor mamón lo habría mandado a freír espárragos, pero a ella no podía. Y no sé por qué. Supongo que porque me la quería follar, aunque sabía que las posibilidades eran mínimas. Estaba casada y siempre decía que la fidelidad es una virtud importante y necesaria en la vida. ¡Sí, seguro! Y, si no, que se lo pregunten a la Mari, que se comía todos los rabos de la clase y todos los tíos perdían el culo por ella. Todos menos yo, claro. Así que, en cuanto me planté delante de toda la clase, lo primero que vi fue a aquellos cabrones partiéndose de risa. De ellos me lo esperaba. Yo también me habría partido el culo si hubiera salido alguno de ellos. Lo que más me tocó la moral fueron las tías. Bueno, no todas. Algunas me miraban con ojitos tiernos, pero no sé si porque estaban coladitas por mí o por la situación. Ya sé que soy guapito. Mido metro ochenta, soy moreno, con los ojos azules, y todas las tías dicen que

estoy buenísimo. Pero aquel día me pillaron con la guardia baja. Yo no quería salir, pero Montse —la profesora se llamaba Montse— me obligó. ¡Qué vergüenza! Los vi a todos esforzándose por aguantarse la risa, y a ellas igual. ¡Cabronas!

El día en que decidí irme no había niebla. ¡Hacía un frío de cojones! Pero no había niebla. Menos mal, porque no habría sido lo mismo. Habría sido mucho peor.